

Lo que el tiempo deja

Después de largos años, hemos estado relejendo los libros de Luis Enrique Délano y de Salvador Reyes, esos románticos del mar que entre 1929 y 1935 crearon y cultivaron intensamente un estilo, llamado imaginista. Eran los autores que apasionaban a los jóvenes, con sus relatos de los puertos y de los barcos de los marineros y los contrabandistas y de las mujeres ingratas, que sin embargo cuesta olvidar.

Así, recorrimos de nuevo las páginas de Viejos Relatos, El Matador de Tiburones, Tres Novelas de la Costa, Los tripulantes de la noche, Luces en la isla y La Niña de la Prisión.

Era característico de estos autores hablar de largas ausencias; de marineros y capitanes misteriosos, que volvían al puerto después de una permanencia en otras partes del mundo, tan largas, que a veces llegaban hasta diez años. Y a nosotros nos parecía un tiempo infinito, porque éramos muy jóvenes, muy poco más que los propios autores, que en esa época se empuñaban apenas sobre los veinte años, y todavía no habían oído el tango que dice: "que veinte años no es nada".

Con el transcurso de los años, hemos podido apreciar la dimensión del tiempo, que tan bien cuadra con la versión popular de que la vida es corta. Porque desde la época en que leímos por primera vez los libros de Luis Enrique Délano y de Salvador Reyes, han transcurrido ya cuarenta años.

Y curiosamente, poco a poco ha ido desapareciendo la imagen que de sus autores nos formamos. Tanto es así, que hace veinte años, al conocer a Salvador Reyes, a bordo de un buque de la Armada, en viaje a la Antártida, no nos produjo mayor remoción. Nos estrechamos las manos afectuosamente. Pero nada más.

Sin embargo, al día siguiente nos encontramos en cubierta y hablamos de libros, del mar y de los barcos, de viajes, pero no de fantasía, sino que reales. Y nos hicimos grandes amigos. Fue una amistad que duró hasta su muerte, ocurrida hace pocos años. Nos escribió desde los más lejanos puertos del mundo, estimulándonos por la labor literaria, con una cordialidad impresionante. Nos vimos varias veces en Santiago y en Punta Arenas, donde estuvo pocas semanas antes de emprender el viaje sin retorno.

Hago estas reflexiones, a raíz de un caso que nos ocurrió hace poco, que Délano y Reyes habrán aprovechado para un cuento. El personaje, un hombre

misterioso. El tema, una larga ausencia.

Estábamos en la oficina, en plena labor, cuando golpearon a la puerta. Apareció un hombre delgado, de regular estatura, con abrigo largo, Tenía frente alta, con algunas pecas. Ojos vivos, un poco apagados por el tiempo. Intentaba una sonrisa. Meditó antes de decirnos:

—Yo no sabía que estaba acá. Vine a descubrirlo al leer "Primavera en Natales", que me trajo muchos recuerdos. Me lo prestó mi yerno, en cuya casa estoy desde hace unos días. No sé si me recuerda... Nos conocimos hace muchos años...

Lo observamos detenidamente, alegremente, porque en verdad, esos ojos vivos, esa frente alta, ese porte, todo, excepto la voz, que era más ronca, nos trajeron recuerdos, pero muy lejanos.

—Ya sé, le dijimos. No diga nada. Usted es... es... Azún.

—El mismo. Y sonrió.

Nos dimos un abrazo.

Venancio Azún, fue funcionario del Seguro Obrero en Puerto Natales, desde 1938 a 1940, aproximadamente, fecha en que se fue a Santiago. Era un cabrito en esa época. Muy cetizado en el ambiente femenino. Algo así como el toronjil de las niñas. Bueno para bailar. En esa época estaba muy de moda ya el bolero y luego el tango, que bailaba con firuletes, en los más variados salones.

Ahora es funcionario administrativo del Ministerio de Educación. Casado, desde luego, padre de familia y orgulloso abuelo. Llegó a Punta Arenas, precisamente, a visitar a su hija y a su nieta. Y aprovechó la oportunidad para hacer un corto viaje a Natales, donde volvió a encontrarse con algunos amigos que aún quedan de su tiempo, entre ellos Antonio Restovic, que fue su compañero de labores.

Conversamos largamente con el chico Azún, que no era tan chico, porque nos confiesa tener ya sesenta años. Los lleva bien puestos. Y de esta manera, 36 años no han sido suficientes para borrar un recuerdo. Es que las personas y los sucesos de nuestros tiempos juveniles, difícilmente se olvidan.

Llegó un momento en que Azún, impresionado, recapacita y dice:

—¿Te das cuenta la monotonía de años que han transcurrido? ¿Cuánto es lo que ha pasado durante todo ese tiempo?

Y nosotros respondemos, parodiando a un escritor, que no es Delano ni es Reyes:

—Ha pasado, simplemente, la vida.

Oswaldo Wegmann H.